

CUANDO TODOS LOS CAMINOS LLEVAN A ELGETA

(1848-1936)

TEXTO



Antxon Iturriza
(Donostia, 1948)

Montañero y cronista de montaña, ha escrito miles de artículos y una docena de libros, entre los que destaca su trilogía "Historia testimonial del montañismo vasco". Actualmente es miembro de la Fundación EMMOA para la creación del Museo del Montañismo Vasco.

Se había cumplido siglo y medio desde que se consumara la primera ascensión al Mont Blanc y cincuenta años de que Whymper y sus compañeros escalaran la cima del Cervino. Éstos y otros muchos acontecimientos se habían escrito en la historia del alpinismo antes de aquel 18 de mayo de 1924 en el que, en la plaza de Elgeta, se congregaron unos cientos de entusiastas para asistir al nacimiento de la que se denominó Federación Vasco Navarra de Alpinismo. Era el inicio oficial de una experiencia que, exactamente un siglo después, ha llevado a los mendigoi-zales a peregrinar de nuevo a Elgeta, para reafirmar el vínculo de los vascos con las montañas.

No todo empezó allí. Mucho antes del hito de Elgeta, otros vascos habían cedido a la atracción de alcanzar las tierras que más se acercan a los cielos.

Uno de estos antecesores fue Antoine d'Abbadie, quien en 1868 ascendió a varias cumbres superiores a cuatro mil metros en sus exploraciones geográficas por los paisajes entonces inexplorados de Etiopía.

Todavía más alto anduvo en 1869 Armand David en uno de sus largos viajes por la misteriosa China. El fraile y naturalista de Ezpeleta llegó a superar una mon-

taña de cinco mil metros. Fue el primer vasco que pudo contemplar desde la distancia las grandes cumbres del Himalaya. David, estimó entonces que podrían tener hasta ocho mil metros.

Ambos habían alcanzado, ciertamente, cotas muy elevadas, pero ninguno perseguía superar una montaña como un reto deportivo. Las cimas no eran para ellos sino atalayas privilegiadas para sus investigaciones científicas.

HUIR A LAS MONTAÑAS

El concepto de montañismo tal y como se ha desarrollado en Euskal Herria tuvo un origen netamente urbano, en un Bilbao efervescente que, en los inicios del siglo XX, estaba experimentando en su entorno una explosión demográfica e industrial sin precedentes.

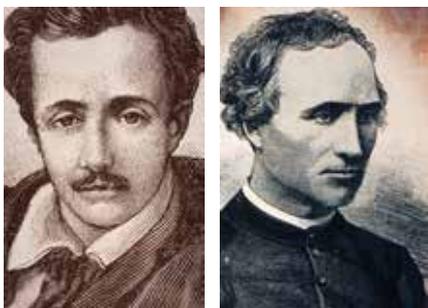
En pocos años surgieron astilleros, bancos, fundiciones y explotaciones mineras. En este ambiente denso, en el que los Altos Hornos teñían de gris los cielos y las



Antxon Bandrés, fundador de la Federación
FOTO: EMMOA. Fondo Antxon Bandrés

chimeneas vomitaban humo, tal como lo pintara Darío de Regoyos, iba a surgir un movimiento que intentaba impulsar a las

Antoine d'Abbadie y Armand David





Todos los caminos llevan a Elgeta - FOTO: EMMOA. Fondo Antxon Bandrés

clases proletarias a huir de la contaminación, del alcohol y del tabaco subiendo a la montaña. El líder de este movimiento se llamaba Antxon Bandrés Azkue.

Bandrés había nacido en Tolosa en 1874, pero estaba insertado desde su juventud en la burguesía bilbaína y era presidente del Club Deportivo Bilbao. Amante del deporte, defensor de las doctrinas higienistas, líder nato, inició sus campañas fomentando las ascensiones a Pagasarri, en cuyas laderas se plantaron árboles, se construyeron fuentes y se practicó gimnasia al aire libre.

Pero sus aspiraciones eran mucho más amplias, y para el 13 de octubre de 1912 convocó una excursión abierta a Gorbeia que obtuvo una extraordinaria respuesta popular. Con una perfecta planificación del Club Deportivo, desde Areatza, divididos en grupos, centenares de aficionados subieron hasta Arraba. Allí les esperaba una fiesta en la que se repartieron sopas de ajo y café. Todos regresaron encantados de la experiencia. Al despedirse, entre los asis-

tentes se respiraba un convencimiento: volveremos a Gorbeia.

Y volvieron. Al año siguiente, la cita se fijó para el 22 de junio de 1913. Esta vez los que se juntaron en Arraba fueron muchos más. Nunca antes tanta gente había salido al monte. Bandrés podía estar satisfecho, pero en su cabeza ya habían empezado a bullir nuevos proyectos.

Poco más de un año después, encontramos a Bandrés en la cumbre de Ganeogorta. Son las doce de la noche del 30 de septiembre de 1914 y le acompaña un grupo de seguidores de sus postulados. En ese entorno casi mágico, Bandrés lanza su nueva idea: ya no se trata de ir un día al monte, sino de ir todo el año. Estaban naciendo los concursos de montaña, que permanecerían vigentes en los clubes durante casi un siglo, como una fórmula de acicate y fidelización, que daría lugar a la cultura de los buzones.

Constatando la aceptación de estos concursos anuales, Bandrés quiso dar un paso más para fomentar la afición monta-

ñera: crearía el concurso de Cien Montes, que habrían de ascenderse en el plazo máximo de diez años. Su objetivo era fomentar la perseverancia en la actividad y el conocimiento del país a través de sus montañas. La primera promoción de centenarios se graduó en 1923 en la cumbre de Kalamua. Tras ellos, a lo largo de un siglo, han sido cerca de cinco mil los concursantes que han ido completando este periplo alpino.

UNA CITA EN ELGETA

El ambiente montañoso se empezó a extender más allá del Bocho. Algunos clubes de fútbol crearon secciones alpinas. En Gipuzkoa, el Fortuna donostiarra, pionero en tantos deportes, se apuntaba también en 1916 a la propuesta de los concursos. Igualmente, en Gasteiz e Iruña se movían grupos haciendo excursiones a las cumbres cercanas. Ante esta expansión, la mentalidad audaz y visionaria de Bandrés soñó con un país ideal en el que toda la gente



Plaza de Elgeta, el día de la fundación · FOTO: EMMOA. Fondo Antxon Bandrés

buscara la salud y el contacto con la naturaleza subiendo a las alturas.

Había que vertebrar el movimiento montañero y para ello era necesario crear un ente común que uniera todos los esfuerzos. La tarea era enorme. Hubo que crear comités en cada territorio, coordinar los esfuerzos de los clubes, difundir la propaganda. Finalmente, las coordenadas se cruzaron en Elgeta, y en una fecha: el 18 de mayo de 1924.

Para vertebrar el movimiento montañero era necesario crear un ente común que uniera todos los esfuerzos

Llegaron en grandes grupos por todos los caminos, como rezaba la proclama de la convocatoria: "A Elgeta, en tren, a pie o como sea". Pronto se llenó la plaza.

Y, ante todos, Bandrés, desde el balcón de la antigua posada, proclamó la buena nueva: había nacido la Federación Vasco Navarra de Alpinismo, de la que él iba a ser indiscutible e indiscutido primer presidente. Cuando al atardecer, tras finalizar la romería, todos abandonaron la plaza, ninguno podía imaginar que, un siglo después, en el mismo lugar, se recordaría el acto del que habían sido protagonistas.

SOPEÑA, LA PERSPECTIVA VERTICAL

Tan sólo dos meses antes del éxtasis multitudinario de Elgeta, en otro lugar, en medio de la soledad de la montaña, se había registrado un hecho también relevante para nuestra historia. Un socio del C.D. Bilbao, llamado Ángel Sopeña, se había atrevido a desafiar la verticalidad del Pico del Fraile, un monolito rocoso que se singularizaba

en su aislamiento de los perfiles de sierra Gorobel. Guiado por su instinto, ayuno de técnicas, el bilbaíno había conseguido por primera vez trepar hasta su cumbre. En la tarjeta que dejó en lo alto escribió la fecha:

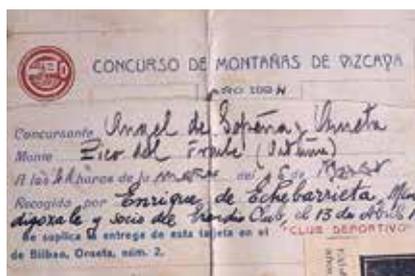
Ángel Sopeña · FOTO: Archivo J. de la Fuente



16 de marzo de 1924. Un día que podemos anotar como la del nacimiento de la escalada en tierra vasca.

La ascensión de Sopeña tuvo una trascendencia mucho mayor que la de su modesta dimensión deportiva. El bilbaíno había marcado una concepción del montañismo diferente a la que proclamaba Bandrés. El tolosarra se mostró desde el primer momento contrario a estas actividades del despectivamente denominado "alpinismo acrobático", por los riesgos que temía podían derivarse de su práctica. Ante su lema de "frecuentad la montaña, pero huid de los peligros", Sopeña

Tarjeta dejada por Sopeña en el Pico del Fraile · FOTO: C.D. Bilbao



oponía la aceptación del desafío vertical, de la dificultad, con todas sus consecuencias. Ésta iba a ser la primera escenificación de los enfrentamientos entre estas dos grandes figuras, que se prolongarían a lo largo de nuestra historia.

LLEGAN LAS MUJERES

Tras las euforias de la fundación, estaba todavía por tejer el entramado que sostuviera todas aquellas ilusiones. Se precisaba empezar de cero para coordinar a los cerca de sesenta clubes que se habían afiliado a la Federación, agrupando a cerca de tres mil socios.

Había, entre otras muchas cosas, que crear un símbolo que uniera a todos los asociados. Se barajaron varios bocetos y, finalmente, se escogió el diseñado por José Ramón Murga, que sigue estando vigente y en el que se simboliza la unión de los cuatro territorios en torno a la montaña. Curiosamente, las primeras insignias del montañismo vasco se confeccionaron en Chequia, y con ellas surgió



Insignia de la Federación Vasco Navarra de Alpinismo

la primera reivindicación feminista. Las montañeras exigieron a la directiva que, junto a las de solapa para chaquetas de caballeros, se hicieran además insignias con enganche de imperdible para que ellas también pudieran lucirlas. Su propuesta fue atendida.

Y es que las mujeres tuvieron, desde los pasos iniciales de las actividades montañeras, una presencia reseñable. Ya en 1923, un grupo de mujeres del C.D. Bilbao había completado el primer concurso de cumbres. Con la creación de nuevos clubes, el número de féminas fue creciendo. Si en 1925 se citaban siete finalistas, dos

Mont Blanc · FOTO: A. Iturriz



años más tarde su número se había incrementado hasta 33. Habría que esperar a 1930 para que una mujer, la bilbaína Raimunda Royo, socia del Bilbao Alpino Club, completara el primer concurso de Cien Montes.

NACE PYRENAICA

Otra de las aportaciones de Bandrés fue la de impulsar la creación de la revista Pyrenaica, como punto de unión y comunicación para la comunidad montañera vasca. El primer número salió a la calle en 1926, al precio de 0,50 céntimos. Desde entonces, superando sucesivas crisis, continúa cumpliendo su cometido “de ser la memoria colectiva que vamos a escribir entre todos”, según se plasmaba en el primer ejemplar.

Ese mismo verano, Bandrés demostraba su capacidad montañera al ascender, junto a Adolfo Salcedo y Enrique Uriarte, a la cumbre de Mont Blanc, con el apoyo de guías de Chamonix.

Unos meses antes, Elgeta había vuelto a acoger la asamblea de la Federación de 1926, que se inició con la entusiástica bienvenida que mereció la llegada del au-



Primera portada de Pyrenaica

tobús de los representantes navarros. En el transcurso de la reunión, se descubrió la placa que daba a la plaza del pueblo, por acuerdo del ayuntamiento, el nombre de “Plaza del Alpinismo”. También se impuso una medalla a Ángel Sopena quien, fiel a su concepción técnica del alpinismo, había sido en 1925 el primer vasco en escalar el Naranjo de Bulnes. Como colofón, Bandrés fue confirmado en su cargo de presidente para otros dos años. Todo parecía discurrir

por cauces de concordia y unión, pero las nubes de tormenta empezaban a crecer en el horizonte y no tardarían en estallar.

Pyrenaica continúa cumpliendo su cometido “de ser la memoria colectiva que vamos a escribir entre todos”

En este periodo, la creciente frecuentación de la montaña fue promoviendo la creación de albergues que permitían prolongar las estancias en las alturas. Así, al inicial del Pagasarri, se había unido en 1925 el Hotel-Refugio de Urbia, en el que se ofrecían “camas en cuartos separados para familias y señoras o señoritas pirineístas” y donde se anunciaba la celebración de misa en la cercana capilla. Igualmente se aseguraba el cumplimiento religioso en la minúscula ermita de Egiriñao, a quienes pernocraban en el Refugio de Gorbeia.

LA ASAMBLEA DE LA DISCORDIA

En 1928, se iban a cumplir cuatro años de vida de la flamante Federación Vasco Navarra de Alpinismo y las normativas imponían la celebración de una asamblea para la renovación de cargos. ¿Dónde iba a ser? Evidentemente, en Elgeta. Pero, junto a este acuerdo obligado por la historia, se palpaba entre los responsables de la FVNA un clima de profundas discrepancias organizativas, que no estaban exentas de choques de personalismos.

Por una parte, Bandrés propugnaba una descentralización que diera más capacidad de actuación a los comités territoriales para facilitar la gestión de un colectivo que ya alcanzaba los cuatro mil federados.

A este planteamiento se oponían quienes defendían el fortalecimiento de un único ente centralizador. Finalmente, se impuso el criterio de delegaciones territoriales autónomas propuesto por Bandrés. Pero la experiencia demostraría pronto que el régimen descentralizado no iba a tener consecuencias positivas para el futuro de la Federación.

Uriarte y Bandrés junto a un guía en la cumbre de Mont Blanc (1926) · FOTO: EMMOA. Fondo Antxon Bandrés





Asamblea de 1928 en la Plaza de Elgeta · FOTO: EMMOA. Fondo A. Bandrés

LAS HAZAÑAS DE ESPINOSA

En el mismo salón se encontraba un todavía desconocido Andrés Espinosa que, pocas semanas después, ascendería en solitario al Teide y al Naranjo, como pasos previos a la asombrosa trayectoria alpina que describirá en los años posteriores.

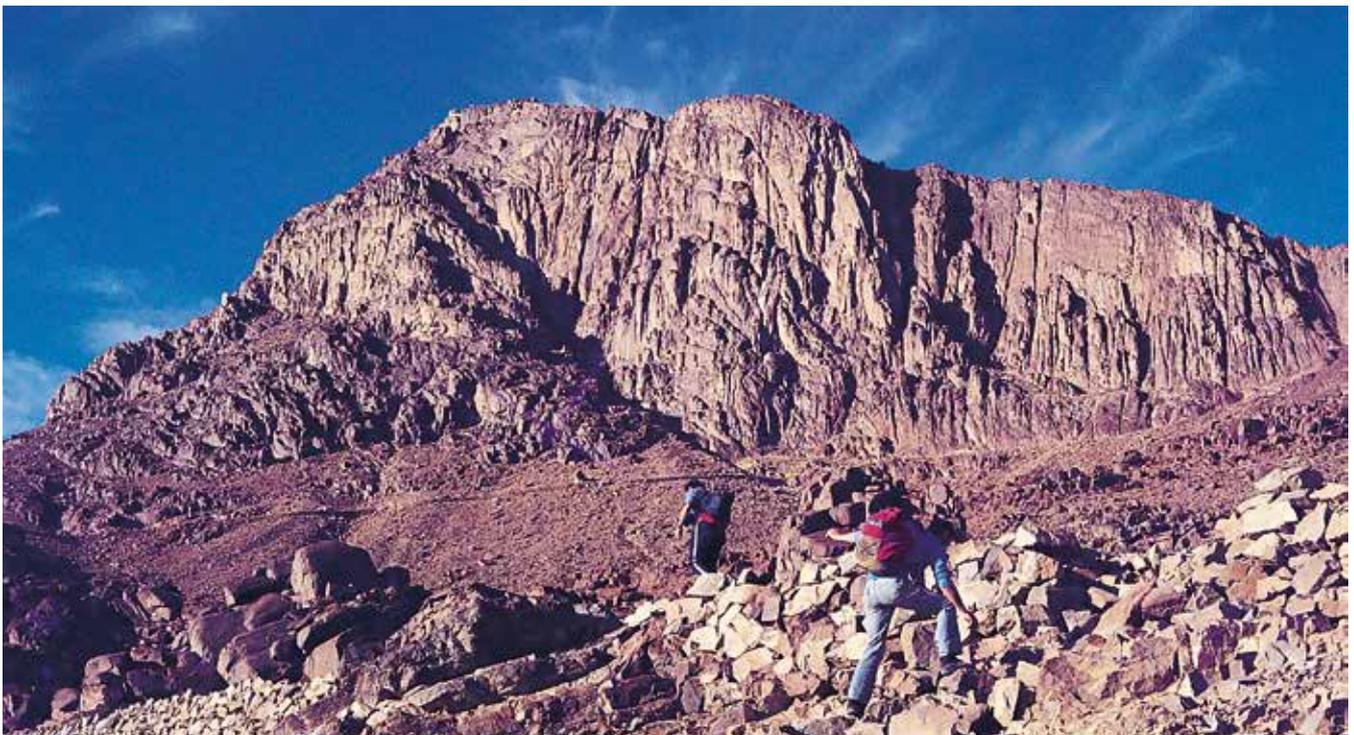
En julio de 1929 encontraremos al zornotzarra en Chamonix, completando una proeza hasta entonces inédita: escalar el Mont Blanc en un día, en solitario, y partiendo desde las mismas calles de Chamonix. Al atardecer está en la cumbre. Todo ello con un piolet y unos crampones comprados el día anterior, calzando unas abarcas de goma y vistiendo una chaqueta de paño.

Telegrama de Espinosa a Bandrés tras escalar el Cervino

Mientras en una plaza repleta, montañeras y montañeros rebosaban alegría, ajenos a la tensión que se estaba viviendo en el ayuntamiento, Bandrés bajó del estrado para dejar el lugar a los nuevos directivos. El hombre que había promovido la fundación de la Federación Vasco Navarra de Alpinismo que hemos heredado, decía adiós sin poder contener las lágrimas.



Cumbre del Sinai · FOTO: A. Iturriza





Espinosa, entre Ramón de la Sota y Bandrés, a su regreso del Kilimanjaro · FOTO: EMMOA. Fondo Antxon Bandrés



Pocos días después, Espinosa afrontará la escalada del Cervino. Al regreso a Zermatt, enviará a Bandrés un escueto telegrama: "Cervino coronado ayer. Solo".

Los horizontes de su sed de experiencias se amplían y en 1930 asciende a la cumbre del Sinaí después de caminar cuatro días perdido en el desierto. Pero su aventura africana no va a terminar allí. De nuevo en barco, llega a Mombasa y toma un tren que le adentra en Tanganica. Su objetivo ahora es el mítico Kilimanjaro.

Desde Moshi empieza su aventura. Mochila al hombro, "solo, loco y libre", como había escrito en su cuaderno, se interna en unas selvas amenazantes. Tras cinco días de ascensión cuajados de dificultades, la indomable voluntad de Espinosa vuelve a imponerse cuando alcanza la cumbre nevada del Kilimanjaro.

"Solo, loco y libre", como había escrito en su cuaderno, Andrés Espinosa se interna en unas selvas amenazantes

Tras los techos de los Alpes y de África, su brújula aventurera apuntaría hacia Asia. En 1931, embarca de nuevo en una larga travesía por el Índico que le lleva hasta el puerto de Madrás. Luego un tren le traslada a través de la India hasta Darjeeling. Está, por fin, al pie del Gran Himalaya. Pero esta vez sólo podrá contemplar desde la lejanía las crestas gigantes del Kangchenjunga. Las autoridades británicas le impedirán continuar hacia las alturas. En su largo y frustrado regreso, escribirá unas frases que sólo medio siglo después tendrán vigencia:

"¿Es que no merece ya el *mendigoixalismo* vasco su escaño, aunque modesto y sencillo, en el inmenso Himalaya?".

LA CRISIS

Los montañeros vascos fueron convocados una vez más, en esta ocasión en Arrate. Era noviembre de 1930 y el clima político estaba caldeado tras el fin de la dictadura de Primo de Rivera. Los montañeros llenaron las calles de Eibar en una respuesta unitaria que venía a contradecir los rumores de crisis interna que se filtraban desde los estamentos federativos. Entre otras razones, porque allí se tomaría una decisión muy controvertida, como era la de modificar el nombre original de la



Inauguración del refugio de Aizkorri (1934) - FOTO: Indalecio Ojanguren

Pantxo Labayen - FOTO: C.D. Eibar



Federación, que pasaría a denominarse en adelante Federación Vasca de Alpinismo, según se argumentaba, "para evitar una ofensa al vasquismo de los navarros".

Dos años más tarde, ya proclamada la República, la crisis de la Federación tocaba fondo al decidir el Comité de Bizkaia su disolución orgánica y la liquidación de todo su patrimonio. Como consecuencia, la revista Pyrenaica desaparecía del mapa.

Eran tiempos convulsos y los Comités de Navarra y Araba daban también señales de falta de pulso. Solamente el de Gipuzkoa, dirigido por Pantxo Labayen, mantenía su pujanza y se convertiría en el único baluarte que siguió enarbolando el nombre y la continuidad histórica de la Federación Vasca de Alpinismo.

A partir de 1934, la curva de la crisis, más institucional que real, empezó a recuperarse. Se reorganizaron algunos clubes, se inauguraba el refugio de Aizkorri, Pyrenaica volvió a editarse y Sopeña, que un año antes había escalado el Cervino por la arista de Zmutt, ensayaba por primera vez un rápel en el Pico del Fraile.

Pero para cerrar las heridas había que regresar, una vez más, a Elgeta y retomar su mensaje de concordia y unidad. Y el 19 de abril de 1936, los montañeros se volvieron a reunir en la Plaza del Alpinismo. Se nombró presidente al eibarrés Antonio Telleria y se hicieron votos y planes para el futuro. Nadie podía imaginar entonces que el futuro ya no existía.